

admitir contrasubvoluntad la diadema y la púrpura imperiales. Las eminentes cualidades de Juliano, la fama y gloria de sus actos, los peligros que había corrido, sus heroicos hechos de armas, la humillación de diferentes pueblos bárbaros alemanos que había hecho tributarios del imperio, la restauración de las ciudades de la Galia destruidas y saqueadas, todo esto era una continua pesadilla para el emperador, que temía ver crecer y extenderse más y más tanta fama. Esta disposición explotaron los cortesanos y aduladores envidiosos y enemigos de Juliano. Conocedores del carácter del emperador, lograron decidirle, á fuerza de consejos que sabían muy bien ser de su gusto, á retirar al César sus mejores soldados y reducir así considerablemente sus fuerzas. Designóse para que diera este consejo al mismo prefecto Florencio, miembro activo de esta pandilla.

La idea gustó al emperador, el cual comisionó al tribuno y secretario de Estado (*notarius*) Decencio para que llevase á Juliano la orden de enviarle inmediatamente las tropas hérulas, bátavas, petulantes, celtas y además 300 de los individuos más distinguidos de cada legión, es decir la flor de su ejército, y esto sin la menor demora, bajo el pretexto de que se necesitaban á principios de primavera para ocuparlos en la guerra contra los partos en Asia. A la cabeza de estas fuerzas se mandaba poner á Lupicino, ignorándose en la corte que se hallaba en la Gran Bretaña encargado por el César de la campaña en aquel país. No paró allí la exigencia del emperador, que además de las citadas fuerzas reclamo los mejores individuos de los regimientos compuestos de bárbaros y de los batallones armados de escudos, cuyo cuerpo debía conducir Sintula, el caballero mayor de Juliano y probablemente hijo de padres germánicos.

A pesar del motivo muy plausible de la necesidad de aumentar el ejército de Oriente á consecuencia de las ventajas alcanzadas por los persas, no era menos cierto que el interés del imperio no permitía la más insignificante reducción del ejército de la Galia en vista del empuje permanente de los pueblos bárbaros, y solo puede atribuirse á los celos y envidia del emperador el deseo de aumentar las fuerzas empleadas en Asia á costa de las del Rin.

Juliano se conformó con las órdenes del soberano, bien que veía claramente que el golpe iba dirigido directamente contra su persona y que había de ser fatal para el imperio. Únicamente hizo presente y suplicó al tribuno que no se llevaran al Asia los individuos del otro lado del Rin, que solo habían abandonado su país y tomado servicio en el ejército con la condición expresa de no ser jamás llevados al otro lado de los Alpes. Eran germanos, francos y alemanos que evidentemente habían tomado servicio para reunir un capital, y retirarse á su país después de haber aprendido algo de la civilización romana y disfrutado de los placeres de la vida guerrera; á lo cual se agregaba la aversión quizás á los perniciosos efectos de los climas y países calurosos. Muchos ambicionaban tal vez, concluido su servicio, elevarse entre los suyos á jefe de banda, no importándoles el enemigo contra el cual habían de pelear.

El tribuno no hizo caso de las observaciones de Juliano; ateniéndose estrictamente á las órdenes del emperador hizo sus preparativos de marcha lleno de esperanzas ambiciosas y orgulloso de verse á la cabeza de tropas tan selectas bajo todos conceptos.

La ausencia de Lupicino que debía escoger y conducir la segunda remesa de tropas al emperador era otro motivo de perplejidad para Juliano, que deseaba cumplir las órdenes recibidas con toda la prontitud y exactitud posibles, á pesar de las amenazas de nuevos ataques que nunca faltaban por parte de los germanos.

Háblale abandonado también el intrigante Florencio, que como prefecto general de la Galia había ido á Vienne con el pretexto de cuidar del aprovisionamiento del ejército, pero en realidad porque sabía tan bien como el general, que la separación de las mejores fuerzas del ejército provocaría inevitablemente un motin entre la tropa que quedaba; y aunque en parte autor de toda la intriga, no tenía ninguna gana de ser víctima, como suponía que lo sería el odiado César. Este le envió las órdenes más terminantes para que volviese á su lado; díjole que abdicaría la dignidad de César si no acudía, porque en momentos tan críticos, terribles y decisivos no debía separarse el gobernador civil del jefe del ejército; añadióle que de buena gana sufriría la muerte que le amenazaba, ya de parte del emperador, ya del ejército amotinado, pero que no quería cargar solo con la responsabilidad de la ruina inevitable de la provincia puesta á su cargo, ya que se llevaban fuera del país cabalmente las tropas á quienes más temían las hordas francas y alemanas, bien que formadas en su mayor parte de los mismos elementos bárbaros. Todo fué inútil; Florencio se hizo el sordo.

No había sin embargo tiempo que perder, y Juliano, viéndose abandonado, no tuvo más remedio que cumplir del mejor modo que pudo las órdenes difíciles recibidas. Después de mucho meditar y vacilar dió á todas las tropas destinadas al Oriente la orden de abandonar sus cuarteles de invierno y dirigirse á los grandes caminos militares para marchar á su destino. Apenas se supo la noticia cuando se encontró echado en tierra junto á los estandartes de los petulantes (cuerpo de tropas auxiliares), un libelo que entre otras cosas decía: «¡Con que nos llevan como criminales al último confin de la tierra! Es decir nuestras mujeres é hijos volverán á la esclavitud entre los alemanos de la cual los liberamos á costa de nuestra sangre en mortíferas batallas!» El escrito fué llevado al cuartel general y presentado á Juliano, el cual habiéndolo leído, encontró las quejas fundadas, y permitió que los soldados se llevasen consigo sus familias al Oriente, sirviéndose de los carros grandes para comitivas de las estaciones de las postas imperiales.

Una prueba por demás convincente de que Juliano no intervino en nada en la sublevación militar que luego sobrevino se encuentra en que fué Decencio y no él quien propuso, después de grandes vacilaciones del consejo de guerra, que se tomara el camino de París con preferencia á otro, fuese que se recomendara más que los otros por ventajas positivas, ó que aquel pérfido intrigante se lisonjeara de que allí se amotinarían las tropas y matarían á Juliano, ó cuando no, que le humillarían tanto que su relevo y sentencia de muerte serían la consecuencia inevitable. El destino lo había dispuesto de otra manera; la sublevación estalló como no podía menos de estallar; pero no contra, sino en favor de Juliano á quien se destinaba para víctima.

Juliano recibió las tropas á su entrada en aquella ciudad en el arrabal, y las exhortó con afabilidad á tener buen ánimo y marchar al lado del emperador, donde en el centro del poder supremo encontraría cada uno la recompensa completa de sus méritos. Alabó á los individuos y cuerpos á quienes conocía personalmente recordándoles sus proezas é invitó á los más notables (el original dice próceres) á una comida en la cual les instó á presentarle sin temor las peticiones que tuviesen que hacer. Concluida que fué, se despidieron todos llenos de grandísimo pesar de separarse de un jefe tan bondadoso, y de su patria. La tristeza apoderándose de todo el ejército, unida á la mal comprimida ira de verse llevados por orden del emperador lejos de su país, con menosprecio de su contrata, aumentaron la gratitud y el entusiasmo que ya inspiraba su general hasta tal punto que en

la noche siguiente estalló la abierta sedición. Echáronse todas las tropas á la calle, y como una irresistible y atronadora avalancha se dirigieron al palacio del César, ocuparon todas las salidas para impedir su fuga, y con pavorosa gritería y ruido de armas le proclamaron emperador, llamándole á fin de asegurarse de su presencia. No salió de sus aposentos hasta el amanecer cuando se hubo convencido de que toda tardanza no haría más que empeorar las cosas; pues era muy posible que atendido el estado de sobreexcitación en que se hallaba el ejército, se cambiara el amor y entusiasmo en odio mortal. No tenía otra alternativa, aun sofocando la revolución, cosa imposible, más que la muerte ó la púrpura; pero á pesar de esto no se dió el «último romano» por vencido. Cuando al mostrarse á las tropas fué saludado otra vez con colosal estruendo como emperador, suplicó, amonestó y conjuró con los brazos extendidos alternativamente á las tropas en general y á cada soldado en particular, que no cometieran un acto deshonesto después de tantos y tan brillantes servicios. «Moderaos, les dijo, os lo suplico, ahogad vuestra indignación! Sin guerra civil, sin revolución será fácil atender vuestras quejas. Si tanto cariño y apego tenéis á vuestra patria y tanta aversión os inspiran otros países, quedaos, volved á vuestras guarniciones y no pondréis los pies al otro lado de los Alpes, porque me encargo de hacer confirmar esta concesión por el emperador, que no cierra sus oídos á razones fundadas, aunque sean opuestas á su opinión personal.» La contestación fué una nueva gritería general mezclada ya con reconvencciones é improperios á cada momento más furiosos, de suerte que Juliano no tuvo más remedio que ceder. Fué elevado sobre el escudo de un soldado de infantería, lo que hace suponer por ser costumbre germánica, que las tropas eran en su mayor parte de esta raza y que el ejército romano había aceptado ya este modo de proclamar á sus caudillos cuando no les correspondía la jefatura por derecho de herencia.

No les bastó á los sublevados esta ceremonia bárbara y quisieron también ver cumplida la romana, aunque no fuese más que para hacer la ruptura entre Juliano y Constantino irrevocable. Querían ver al primero ceñida la frente con la diadema á fuer de emperador; pero el César se opuso, asegurándoles que jamás había tenido en su posesión tal insignia ó adorno, como debió ser en efecto verdad, pues que jamás había pensado en levantarse contra su soberano, y por otra parte si este hubiese sabido que Juliano tenía entre sus efectos semejante joya, habría bastado para quitarle de en medio sin dilación ni contemplación. No satisfizo esta razón á las excitadas masas que gritaron que fuese á buscar y se ceñese una diadema ó un collar de su esposa, y cuando contestó que le parecía impropio empezar su reinado poniéndose un adorno de mujer, pidieron que se pusiera una pieza de los jaeces de lujo de sus caballos, como un frontal, porque querían verle adornado de insignias imperiales, aunque fuesen solo remedos. Julian rechazó también semejante recurso como indigno para el caso, y entonces se adelantó Mauro, el abanderado de los petulantes, hácia el general, y quitándose del cuello la cadena propia de su grado, la puso sobre las sienes de Juliano. Entonces viendo que ya no había medio de esquivar el compromiso, á no querer ser allí mismo despedazado, admitió y prometió á cada soldado un regalo consistente en cinco monedas de oro y una libra de plata.

El caso tiene mucha semejanza con el que sucedió á Germánico cuando las legiones amotinadas querían obligarle á proclamarse emperador reinando Tiberio; solo que él, aun viendo las espadas de los soldados sobre su pecho, no cedió y logró dominar finalmente la sedición. Juliano rigurosa-

mente hablando debía haber hecho lo mismo; es decir: preferir morir á manos de sus soldados antes de faltar á la fidelidad que había jurado á su soberano; pero hay que tener en cuenta que su emperador era Constancio, el sanguinario y pérfido asesino de su inocente hermano y de todos sus parientes, y que le tenía destinada idéntica suerte á él desde mucho tiempo.

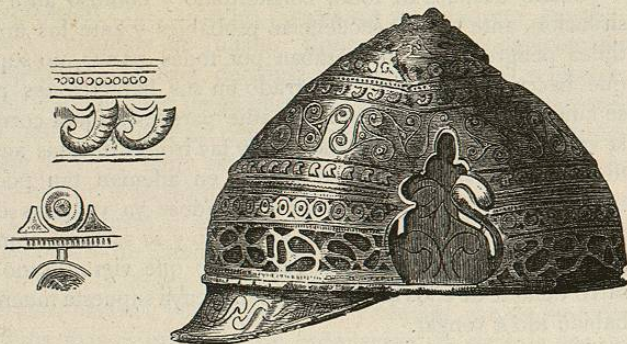
Juliano después de todo, consternado y confuso ante la situación, ante sus consecuencias probables y ante los múltiples peligros que amenazaban por todas partes, no supo qué hacer al principio y encerrado en sus habitaciones no se cuidó de nada. No viéndole nadie paredes á fuera corrió la voz de que le habían asesinado, y las tropas furiosas acudieron otra vez en tropel al palacio en ademán tan poco tranquilizador, que las guardias creyéndose ya víctimas de los alborotadores abandonaron á su amo y se salvaron como pudieron. El tumulto se apaciguó luego que vieron sano y salvo delante de ellos al que buscaban y cuya supuesta muerte habían ido á vengar.

Tan pronto como llegó la noticia de lo sucedido á las tropas que habían marchado ya al mando de Sintula, volvieron atrás y regresaron muy satisfechas y alegres á París, donde no tardó Juliano en reunir todo el ejército en el llamado «Campo», es decir, en el sitio acostumbrado de campamento. Allí subió á la tribuna Juliano, vestido con más pompa de la que tenía de costumbre, rodeado de enseñas guerreras, águilas, estandartes, y para su seguridad también de cohortes bien armadas, adictas y de fidelidad probada. Empezó su arenga admitiendo definitiva y claramente el elevado cargo y poder supremo que le habían impuesto. Recordó al ejército las proezas que juntos habían ejecutado, en especial la jornada de Estrasburgo, como lazo que unía al general con los soldados; luego entusiasmó al soldado raso con la declaración de que bajo su gobierno el mérito personal sería la única norma para los ascensos y la distribución de los empleos, y que toda tentativa de valerse de protección y de intriga sería castigada como un acto infame, con lo cual condenó indirectamente al emperador Constancio que cabalmente con su sistema de favoritismo se había hecho odioso por este motivo al ejército. Por lo demás, no mencionó con una sola palabra á su competidor; bien diferente en esto de otros usurpadores rebeldes, que trataban de justificar su traición por medio de las innumerables acusaciones é injurias de que colmaban al soberano legítimo. Dijo en su discurso, que á su llegada á la Galia era tanta la osadía de los pueblos bárbaros que después de haber destruido muchísimas ciudades, se habían derramado por el país para saquear á las que se habían salvado más ó menos de sus brutalidades, y que él y su ejército habían rechazado á los hasta entonces indómitos alemanos en medio del invierno cuando por regla general descansan las tropas, sufriendo todos los rigores de tan inclemente y glacial estación. Por último recordó aquella gloriosa jornada de Estrasburgo que devolvió á la Galia la libertad para siempre, y en la cual el general atravesó impávido la lluvia de proyectiles enemigos, y el ejército, gracias á su fuerza, valor y pericia aplastó y arrojó al río á los enemigos que le embestaban con el estruendo é ímpetu de indómito torrente.

Luego confió Juliano á sus amigos particulares que en la noche anterior á su proclamación se le había aparecido en sueño el genio del Estado y le había dicho estas palabras: «Hace tiempo, oh Juliano, que habito en el vestíbulo de tu casa con la intención de elevarte, y repetidas veces me has rechazado; pero sabe y grábalo bien en tu memoria que si ahora me rechazas, te dejaré para siempre.» Este sueño no era de su invención, pero demuestra claramente qué clase

de imágenes asaltaban su mente, aunque sin intención traidora.

Constancio jamás le perdonó ni jamás quiso creer en su inocencia; y aunque hubiese estado perfectamente convencido de ella, no le habría nunca perdonado el amor que el ejército tan unánimemente le profesaba; ni se habría creído seguro en el trono mientras Juliano viviera.



Yelmo de bronce del siglo IV, encontrado en un brazo del Sena; y que se halla actualmente en el museo del Louvre

Este le participó todo lo ocurrido sin quitar ni añadir un ápice á la verdad, diciéndole especialmente que había cedido á la presión después de haberse visto amenazado repetidas veces con la muerte; le rogó que aceptara los hechos consumados y le cedió voluntariamente el derecho de nombrar el gobernador general (prefecto del pretorio) de la Galia como prueba de su soberanía; reservándose Juliano el nombramiento de todos los demás funcionarios civiles, forenses y militares. Además le brindó con su cooperación en la guerra contra los persas, prometiendo enviarle mientras viviera caballería ligera de España, país que consideraba como formando parte de sus dominios, y tropas auxiliares, entre otras de bárbaros, porta-escudos, algunos letos, clase de bárbaros establecidos en la Galia, además de los que desearan alistarse para aquella guerra. En cambio le declaraba que sus ejércitos de ningún modo se dejarían llevar á lejanos países por estar cierto de que la Galia se perdería si perdía sus defensores más robustos; que él mismo estaba convencido de la imprudencia de emplear las fuerzas de este país en la guerra contra los partos, mientras continuaban los ataques de los bárbaros; de suerte que muy al contrario necesitaba la Galia el auxilio de otras provincias del imperio en vez de dárselo. Esta carta oficial muy moderada firmó modestamente con el simple título de César; pero junto con ella envió otra particular al emperador en la cual le hacía severas reconvenções sobre su comportamiento.

No hay duda que Juliano pensaba circunscribir su autoridad á la Galia, Bretaña y España; pero Constancio más que nunca irritado contra él, sobre todo desde que tuvo á su lado el prefecto Florencio, que al ver el aspecto que tomaban sus intrigas había huido de la Galia, recibió lleno de ira á los embajadores de Juliano en Cesárea (Capadocia), y les dijo que no reconocía nada de lo sucedido. Luego mandó decir por embajadores suyos á Juliano que depusiese su vanidad y se contentase con la dignidad de César si en algo estimaba su vida y la de sus parciales. Para hacer creer que no dudaba que sus órdenes serían seguidas y que el rebelde volvería á la obediencia, comunicó al mismo tiempo varios nombramientos y ascensos de funcionarios civiles y militares que había tenido por conveniente conceder á personas que estaban bajo el mando de Juliano. La causa de esta tranquilidad y moderación solo aparentes era que el emperador nada podía emprender contra el rebelde mientras durase la guerra

con la Persia, bien que la ejecución de Juliano era cosa resuelta. Este admitió uno de los nombramientos, á saber, el de Nebridio, su propio cuentero ó magistrado tesorero, para gobernador general ó sea prefecto del pretorio, pero los demás llegaron tarde, y respecto á la vuelta de Lupicino, á la sazón en Bretaña y adicto á Constancio, que debía encargarse de las fuerzas destinadas al Asia, procuró Juliano que no se realizara, velando que ningún buque saliera de Boulogne para llevar el nombramiento á Bretaña, donde debió de hallarse también el candidato para sucederle, Gumoharo; de modo que cuando volvió Lupicino con sus fuerzas á la Galia y supo lo ocurrido, ya era tarde para levantarse contra Juliano que se contentó con tenerle junto con sus oficiales por un corto tiempo arrestado.

Poco á poco cobró el nuevo emperador más ánimo gracias á la fidelidad y entusiasmo del ejército, el cual en la lectura pública del mensaje imperial que los embajadores hicieron en presencia del ejército allí reunido y de los habitantes de París, cuando llegaron al pasaje en que Constancio decía que no reconocía nada de lo hecho, interrumpieron el acto con los unánimes y entusiastas gritos de: «Juliano es nuestro emperador, elegido por la provincia, el ejército y el imperio que robustecidos por él tienen que hacer frente á las invasiones de los bárbaros.»

Para aprovechar el entusiasmo y no incurrir en la censura de que engreído de su elevación descuidaba la protección del país, emprendió una expedición al de los germanos más allá de la provincia de la Germania Segunda ó Baja. La base de estas operaciones era Tricesima, el campamento de la legión de este mismo número (XXX). Desde allí pasó el Rin y marchó al país de los francos atuarios ó catuvarios, pueblo muy inquieto establecido en el distrito actual de Güeldres, al Oeste del Bajo Rin, que continuaba invadiendo las comarcas limítrofes de la Galia. Atacólos Juliano súbitamente y por sorpresa, sin declaración previa de guerra atendidas sus excursiones y su falta á los pactos existentes; pero el pueblo creyéndose inocente mientras no las ejecutaba todo él en masa sino solo individuos aislados, no esperaba verse atacado, tanto menos cuanto que solo conducían á su territorio contados senderos entre escarpadas peñas, y si los habían pasado en algunas ocasiones fuerzas imperiales, jamás había estado en su país un emperador. La victoria no fue difícil, y después de haberles muerto mucha gente y hecho gran número de prisioneros, accedió Juliano á sus ruegos y les concedió la paz con las condiciones que quiso; por que este medio le pareció el mejor para garantizar la vida y los bienes de los súbditos romanos fronterizos. Hecho esto repasó el río para no llamar contra sí con una permanencia prolongada el odio y las fuerzas de los demás francos establecidos en aquella parte, y marchó á lo largo del cordón militar fronterizo hasta el país de los rauricos cerca de Basilea, examinando y restaurando en el camino todas las fortalezas y reforzando sus guarniciones. En la parte alta del Rin no se habían contentado los bárbaros con incendiar y destruir las poblaciones y fuertes, sino que se habían establecido más ó menos sedentariamente en ellas como en todo el país. Juliano los arrojó de todas estas plazas, las fortificó con gran escrupulosidad y puso en ellas las guarniciones necesarias. Después regresó por Besanzon á Vienne, donde pasó el invierno. Hallábase en la alternativa de reconciliarse con Constancio á costa de cualquier sacrificio, ó de ir á su encuentro para destronarle antes que invadiese la Galia. De ningún modo debía fiarse de semejante enemigo, tan pérfido como sanguinario, sobre todo teniendo á la vista el ejemplo de su hermano Galo á quien el emperador con traidoras artes había sabido hacer salir de donde estaba para darle muerte.

Como hombre místico dejábase Juliano influir muchísimo en todas sus decisiones por augurios, profecías y ensueños, y habiéndole estos indicado la pronta muerte de su enemigo, empezó por desplegar más fausto; se puso diadema y celebró en 360 el primer quinquenio de su gobierno imperial, aunque había sido aclamado solo en el año anterior. Nebridio, que no quiso reconocerle, recibió salvoconducto para Italia.

En el invierno de 360/361 murió en Vienne Elena, esposa de Juliano y hermana de Constancio. Su cadáver fue enviado á Roma y colocado al lado del de su hermana la esposa del desgraciado Galo, en el sepulcro de la familia en la vía Nomentana. Con esta muerte quedó roto el lazo principal entre los dos emperadores.

Era ya cosa resuelta la campaña contra Constancio; la paz de la Galia estaba en apariencia asegurada cuando nuevos actos hostiles de los alamanos provocados traidoramente por Constancio, como ya había hecho otra vez para perder á Decencio y Magnencio, obligaron á Juliano á permanecer en el país. Supo á principios de primavera que tribus alamanas del distrito de Vadomaro, en contra del convenio solemne que este último había celebrado con el mismo emperador, habían invadido y estaban asolando las comarcas fronterizas y aun muy dentro de la Retia. Estas tribus bárbaras no retrocedían ante ningún obstáculo ni consideración; y el no escarmentarlas habría sido un ejemplo funesto y excitado luego á todas las demás tribus fronterizas á imitarlas y provocar así una guerra general en toda la línea. En vista de este nuevo peligro, envió Juliano contra los merodeadores á Libino con tropas ligeras compuestas de celtas y de petulantés. Los bárbaros, que estaban cerca de Sanctio, hoy Saecingen, al ver las fuerzas que marchaban contra ellos, se ocultaron en las barrancas y valles laterales por donde habían de pasar á fin de caer sobre ellas de improviso, conforme sucedió. Libinio tuvo la imprudencia de atacarlos con sus contadas tropas, y fue uno de los primeros que murieron en esta acción. Los germanos, animados con tan buen principio, atacaron con todo su ímpetu á los romanos que se defendieron con bravura, deseosos de vengar la muerte de su jefe; pero finalmente hubieron de ceder al mayor número y fueron derrotados y dispersos después de una tenacísima defensa.

Vadomaro y Gundomado habían hecho ambos su convenio de paz con Constancio, y habiendo muerto el segundo, encargó el emperador al primero como hombre callado, enérgico y fiel, que faltando en la apariencia al tratado y al imperio, se arrojará sobre las comarcas romanas limítrofes ejerciendo sus acostumbradas depredaciones á fin de que Juliano, por temor al incremento que pudiesen tomar, se viese obligado á permanecer en la Galia. Vadomaro había mostrado desde su infancia grandísima disposición para engaños y ardid de todo género, conforme probó después en su calidad de lugarteniente de la Fenicia; y no se dejó decir dos veces los aviesos deseos del emperador, tan perjudiciales para las comarcas del imperio designadas para teatro de sus devastaciones. ¿Qué más podía querer este rey germánico que llevar sus fuerzas ávidas de saqueo y de destrucción á un territorio romano en connivencia secreta con el mismo emperador?

En esto prendieron las avanzadas romanas á un secretario particular del rey (*notarius*), canceller enviado por este en comisión á Constancio; y registrado que fue, se le encontró una carta de Vadomaro dirigida al emperador, en la cual le decía: «tu César no tiene ni orden ni disciplina,» mientras en las cartas que dirigía á Juliano le daba los tratamientos de señor, de agosto y le llamaba un dios. Con esto comprendió el defensor de la Galia toda la importancia y los

peligros de estas intrigas y conspiraciones, ya para la provincia, ya para su persona, y en su consecuencia resolvió atajar estas tramas con toda su energía intelectual y material, y apoderarse por sorpresa ó á la fuerza de aquel caudillo peligroso. A este efecto llamó á su canceller ó secretario particular Filagrío, que después fue gobernador (*comes*) en Oriente, y que había dado muchas pruebas de talento, y le envió á la frontera del territorio romano lindante con el territorio de Vadomaro, confiándole varias comisiones, entre ellas una carta cerrada y sellada con el encargo de abrirla y leerla solo en el momento en que tuviese delante, en la orilla izquierda ó sea romana, á Vadomaro. Así lo hizo; hallándose Filagrío ocupado en el despacho de sus varios cometidos entre las diferentes guarniciones fronterizas, llegóse el rey alamano para hacerle una visita como si nada supiese de las correrías ó incursiones de su gente, y como si todos viviesen en profunda paz. Según su costumbre de otras veces pasó el río, fue á ver al oficial del puesto, habló un rato con él, y se invitó él mismo á comer, todo para alejar hasta la más leve sombra de sospecha que los romanos pudiesen tener respecto de su lealtad y como si tuviese la conciencia más limpia del mundo tocante á las hostilidades y latrocinios de los suyos. Tomó parte en la comida también Filagrío, y al ver á Vadomaro allí, acordóse del encargo de Juliano, pretextó un negocio urgente y se fue á su alojamiento, donde abrió y leyó la carta. Enterado de lo que decía, volvió á la reunión y comió con los demás, pero al levantarse todos de la mesa agarró de repente al rey y mandó al comandante del puesto, leyéndole la orden de su emperador, que le detuviese prisionero con centinelas de vista.

Al séquito del rey, no teniendo orden ninguna respecto de él, mandó regresar á su país. Cuando Vadomaro llegó al cuartel general y á presencia de Juliano, perdió toda esperanza al decirle éste que habían cogido á su secretario y las cartas que llevaba para Constancio.

Por fortuna Juliano, á pesar de ser tildado de pagano, no era tan sanguinario como su adversario cristiano, y se contentó, como había hecho con otros partidarios de Constancio, con hacer llevar á aquel bárbaro á España sin dirigirle ni tan solo una palabra de reconvenção.

Había enviado á Italia á sus expensas á la familia de su enemigo principal Florencio, que allí se había retirado huyendo de la Galia; pero á un sujeto tan peligroso como Vadomaro no podía dejar volver entre los suyos, si no quería exponer á nuevas perturbaciones la tranquilidad de la Galia apenas restablecida. Fuera este hombre de sus tierras, podía acudir á Italia, pero antes de ausentarse de la Galia quiso castigar ejemplarmente á los bárbaros que habían destruido la división de Libino y muerto á éste. A fin de sorprenderlos antes de que tuviesen tiempo de retirarse y ocultarse, pasó el río en el silencio de la noche con algunas secciones de tropas auxiliares las más ágiles, que acaso serían germanos ó galos, y logró rodear al enemigo por todos lados (naturalmente en su territorio propio) y caer tan de repente sobre los descuidados bárbaros que despertaron de su sueño cuando sintieron las armas de los romanos sobre su pecho. Fueron muertos algunos, otros que pidieron clemencia fueron llevados prisioneros con todo el botín que habían hecho, y los demás obtuvieron la paz después de haber prometido no turbar jamás la paz en la Galia.

Hecho esto, resolvió Juliano ir al encuentro de Constancio, no sin hacer antes secretamente ofrendas á la diosa de la guerra Belona, porque en público todavía no había renegado de la religión cristiana. En la alocución que dirigió á las tropas al emprender la marcha, para solicitar su cooperación en la lucha por el poder supremo, alabóse de haber puesto